

anualmente exposiciones de obras de las tres bellas artes.

El *Museo Nacional* se mandó establecer en 1822. Hoy se encuentra en el piso alto de la Universidad, en dos piezas en que está. Contiene trucas colecciones de objetos de historia natural y de antigüedades. De lo mas importante son algunos largos cuadros de figuras jeroglíficas, pertenecientes á la emigracion de los Mejicanos; manuscritos en papel de maguey y escritos con la escritura simbólica de los Aztecas; armas, utensilios, objetos para el culto, ídolos, joyas, adornos, etc. En 1854 ha tenido un verdadero y científico arreglo, debido al trabajo personal y á la inteligencia de su actual conservador el señor D. José Fernando Ramirez.

### CAPÍTULO III.

#### TRAJES, USOS Y COSTUMBRES.

Ventajas del estudio de las costumbres. — Curiosidad natural. — Gritos de vendedores ambulantes. — Sus diversas inflexiones. — La saya y la mantilla. — El aguador. — Los rancheros. — La china. — El gorro. — El novio. — Sus impertinencias. — El dia de muertos. — Las posadas. — Rifa de compadres. — Altares de Dolores. — El puesto de chia. — La matraca. — Los Judas. — El bautismo. — El bolo. — El dia de campo. — Gramática animada. — Carga de la bomba. — Paseo en burros. — Peripecias. — El entierro. — Las tarjetas de luto. — Los convidados. — La familia. — Las cadenas. — Ilusiones. — Baraja animada. — Nuevos albures. — Escenas del campo. — El combate. — Los herraderos. — La cola. — Suertes peligrosas. — Costumbre rara. — Carácter y civilizacion de los Mejicanos.

Si cada siglo nos hubiera trasmitido sus crónicas de usos familiares y domésticos, se comprenderian hoy sin mucha dificultad las alusiones que á las costumbres é idiomas locales hallamos en las antiguas relaciones, y que hoy ya son oscuras para nosotros; por sus trajes vendríamos á conocer perfectamente el estado de sus manufacturas, y sus adelantos sociales; pero los escritores de todos tiempos miran comunmente esas bagatelas, así las llaman, como indignas de su consideracion, sin atender á que algun dia la popularidad mas extendida de estos usos

peculiares de cada pueblo puede llegar á verse sepultada en el mas profundó olvido. Entretanto ¿ no es cierto que siempre nos sentimos movidos de una viva curiosidad por conocer el modo de existir de nuestros ascendientes , y que las particularidades mas mínimas de sus costumbres domésticas nos parecen llenas de interés, aunque sea solo por complacernos en nuestra superioridad relativa ? En el dia hay algunos usos que deben recordarse , y sin cuyo conocimiento no se calificaria en adelante sino imperfectamente nuestra época. Supongamos , pues , que en las variaciones á que están sometidas las cosas humanas se aboliesen los gritos de vendedores en las calles , ¿ cómo podrian nuestros descendientes tener noticia de ellos ? Que un hombre curioso de este género de costumbres venga á vivir á esta ciudad tumultuosa, y no tardará en oír gritar por sus calles las mercaderías y los frutos de todas las estaciones, hiriendo sus tímpanos con gritos inusitados y con anuncios casi ininteligibles de este comercio diario. Además del continuo ruido de los caballos, del perpetuo rodar de los coches y del crujido de los carros , que parecen gemir bajo el peso enorme de sus cargas, los gritos obtienen una superioridad notable, porque los que los dan se esfuerzan en sobresalir en medio de tan sorprendente bullicio : así es que desde la mañana á la noche no

se oye otra cosa que el estruendo de mil voces discordantes, que referimos á continuacion, y que van disminuyendo de una manera notable, perdiéndose así esta fisonomía peculiar de nuestra capital. — El alba se anuncia en las calles de Méjico con la voz triste y monótona de multitud de *carboneros*, quienes parándose en los zaguanes gritan con toda la fuerza de sus pulmones : *Carbosiú !* (Carbon, señor). Poco despues se hace oír la voz melancólica de los mercaderes de mantequillas , quienes sin detenerse en su marcha gritan : *Mantequía..... mantequía de á rial y dia medio.* — *Cesina buena !* es el anuncio con que lo interrumpe el *carnicero*, con una voz ronca y destemplada : este grito alterna en seguida con el fastidioso y prolongado de la *sebera* ó mujer que compra sebo de las cocinas , quien poniéndose una mano sobre el carrillo izquierdo, chilla en cada zaguán : *¡ Hay seboooooooo !!!* — Sale esta y entra la *cambista*, india que cambia un efecto por otro , y grita menos alto y sin prolongacion de sílabas : *Tejocotes por venas de chile !... tequesquite por pan duro !* Con esta tropieza un *huhonero* ó mercader ambulante de mercería menuda , y entrando hasta el patio, relata la larga lista de sus efectos, con tono incitativo y buscando sus ojos á las mujeres : *Agujas, alfileres, dedales, tijeras, botones de camisa, botitas de hilo ?* — Pero rivaliza con este el *frutero*,

apagando sus ecos, porque con voces descompasadas y atronadoras produce la relacion de todas sus variadas frutas. — Entretanto se hace oír en la esquina la tonadilla cadenciosa de una mujer que anuncia esta vendimia : *¿ Gorditas de horno calientes, mi alma !..... ¿ Gorditas de horno !* — Los constructores de esteras ó *petates* de Puebla parece que no tienen otro mercado que el de Méjico para expenderlos : así es que todos se diseminan por las calles , y gritan de un modo uniforme : *Petates de la Pueeeeebla !..... jabon de la Pueeeeebla !* compitiendo con estos los indígenas que expenden los fabricados de *tule* en Hochimilco , que á su vez gritan con voz rasposa : *Petates de cinco vaaaras ! Petates de á media y tlaco !* El medio día no está exento de estas veces mortificantes ; un *limosnero* reza blasfemias por un pedazo de pan ; un *ciego* recita un romance milagroso por igual interés ; al mismo tiempo se escucha el penetrante grito de una india que rasga los oídos y que anuncia : *Melcuiiiii !* ( *melcocha* ) ; el del *quesero*, que con toda la fuerza de su gáznate publica : *Requeson y melado bueno !... Requeson y queso fresco* ; y el meloso clamoreo del *dulcero*, que segun su nomenclatura particular ofrece á *dos panquetas..... á dos condumios..... caramelos de espelma..... bocadillo de coco.....* relacion frecuentemente interrumpida por la trémula y aguardentosa

voz ; ó por el agudo chillido ( segun la edad del individuo ) de los numerosos portadores de la fortuna popular que ofrecen hasta por medio real *el último billetito que me ha quedado para esta tarde.....* y ese último nunca se acaba. — En la tarde son comunes iguales gritos ; pero pertenecen especialmente á esta parte del día el de las *tortillas de cuajada* y el fúnebre lamento del *nevero* , que con voz sepulcral anuncia : *A los canutos nevados !!!* En la estacion de las aguas se ve correr por las calles varias indígenas con un trotecillo peculiar á ellas solas gritando : *No mercan nilatzilio !* con cuya voz anuncian su venta de *elotes* , y las *nueceras* la suya con esta voz seca : *Toman nues ?* — En la noche cesan estas vendimias, y les suceden otras : los vendedores de castañas las pregonan por todas las calles de la ciudad anunciando el invierno con la voz fuerte y como contenida : *Castaña asada y cosida : castaña asada !* Lo mismo hacen las *pateras* con su canto cariñoso, que repiten á cada minuto, permaneciendo algunas en las esquinas, así como las *juileras* y las que expenden *tamabitos sernidos*, *tamalitos queretanos*, por entre los innumerables gritos de vendedoras de otros objetos ; algarabía infernal, que va desapareciendo paulatinamente á medida que se adelanta la noche. Pero el rey de los gritos, el mas poderoso porque los domina á todos, es á medio

dia : *A las bueenas cabeeezas calieeeeentes de horno !*  
 La Semana Santa, entre el ruido de las matracas y los racimos de Judas, repite en medio de sus procesiones el consabido estribillo : *A dos rosquillas y un mamon.*

El traje mas romántico es sin duda el de la *saya* y la *mantilla* ; es tambien el mas adecuado á las damas, porque con su negro velo trasparente y bordado simboliza su modestia y su recato, y cuando echado con soltura hacia atrás en ondulantes y graciosos pliegues, se ve aparecer la blancura de la frente y el brillo de los ojos, como una ilusion de esperanza y amor. De este traje ha dicho Byron que es alegre y místico á la vez ; es sin duda propio para todas ocasiones. En nuestro país se iba perdiendo esta costumbre española, que trae su origen de esas razas que levantaron el aéreo Alcázar de la Alhambra, ligero y calado como las blondas ; pero aquí, en nuestro país, solo se usaba ya para las visitas de cumplimiento ; en las grandes festividades religiosas, y el jueves y viernes santos para asistir á aquellas augustas ceremonias. Pero ahora comiéndose á llevar con mas frecuencia, y sirve para realzar sin duda alguna los encantos naturales de nuestras elegantes paisanas. Cuando se acompaña con el vestido de terciopelo de colores serios, en vez del raso, forma un contraste muy bello la ligereza

aérea de la mantilla con el relieve blando de la saya. Si aquella es de blonda blanca y esta de terciopelo negro, la hermosa que lo lleva presenta un conjunto indefinible ; así hemos visto á nuestra amada, y nos pareció la mas bella y poética personificación del Alba : el arco noble de su frente y sus azules y luminosos ojos, la luna con sus luceros, saliendo de entre las nubes blancas de la blonda, que esclarecia al oscuro vestido, imágen de la noche.

De estos trajes elegantes descendamos á los vulgares, de la poesía á la prosa. El traje del *aguador* es característico en Méjico, y este acuoso personaje vive por lo comun en un cuarto de una casa de vecindad, ó en una accesoría de barrio. A las seis de la mañana se viste su camisa y calzon blanco de manta, y unas calzoneras de pana ó gamuza que solo le llegan á la rodilla. Encima de esto se pone un capelo, pareciendo por delante á la figura de una armadura antigua, aunque su material es de cuero, y por detrás forma un rodete que sirve para mantener en seguro equilibrio el *chochocol*, que tiene la figura de una grande granada de artillería, y es de un barro rojo, donde él lleva su capital, el agua. Cubre su cabeza con un casquete de cuero, de la figura del que usan los cenceños jokies ingleses, y por medio de una correa que le pasa por la

frente, sostiene por las asas la voluminosa vasija, mientras de otra correa cuelga á su cabeza otra vasija mas chica que viene á ser un cántaro. Este es el galan de las criadas, la crónica ambulante del barrio, y muchas veces el conductor de epístolas amorosas á las niñas de la casa, cuando el infortunado amante no tiene entrada, y es para él un castillo formidable y feudal; entonces el *aguardador* es su mejor instrumento, pues está en contacto con las criadas, y halla franca entrada á todas horas del día.

El *Ranchero* es uno de los tipos mas curiosos del país, y, como los Árabes, su vida casi siempre pasa sobre el caballo; es una nueva especie de centauro, y su traje se compone de unas calzoneras de gamuza de venado, adornadas á los lados de botones de plata que reemplazan á la costura abrochándose á unos ojales: otros segun sus proporciones las usan de paño con adornos de galon de oro; y colocan sobre la pantorrilla las *botas de campana*, que son dos pieles gruesas de venado realzadas con diferentes dibujos; cada una de esas pieles se dobla por la mitad y por el ancho, y así que están dobladas se envuelven las pantorrillas con ellas, y se las atan con una liga; hay algunas ricamente bordadas de oro. Su sombrero es comunmente poblano, con *toquilla* de cordon de plata ó *chaquirá*, cuentecillas

de colores muy pequeñas con que se figura una vihora que se coloca donde regularmente se lleva una cinta: las alas del sombrero son grandes, y á los lados de la copa colocan unas *chapelas* de plata en forma de águila ú otro capricho. Cubren su cuerpo con la *manga*, que es una especie de capa, con una entrada al medio para pasar la cabeza, y al rededor de esa está colocada la *dragona* ó *muceta*, que es un círculo de terciopelo con flecos de seda ó de hilo de oro en toda la circunferencia. Las hay de paño fino con galon al rededor y del valor de doscientos pesos. El zarape es igual á las mangas, pero en las puntas es cuadrado, y está además tejido de algodón y lana finisimos, en las mejores, con colores finos y vivos; mientras las mangas son de uno solo. Los mejores *zarapes* son del Saltillo y San Miguel, las mejores *mangas* las de Acámbaro. Son ágiles jinetes los rancheros y de indole afable y sufrida: pueden de esta clase de gente formarse magníficos soldados de caballería: su vida pasa dedicada enteramente á las tareas del campo. En la ciudad sirven de *picadores* para enseñar los caballos de la gente rica, ó de mozos de estribo.

La *China* es una criatura hermosa, de una raza diferente de la india: su cutis apiñonado, sus formas redondas y esbeltas, su pié pequeño. Se visten una enagua interior con encajes ó bordados de lana en

las orillas, que se llaman *puntas enchiladas*; sobre esa enagua va otra de castor ó seda recamada de listones de colores encendidos ó de lentejuelas: la camisa es fina, bordada de seda ó chaquira, y deja ver parte de su cuello, que no siempre cubre con el *rebozo* de seda que se echa al hombro con sumo despejo y donaire. La *china* no deja de encerrar su breve pié en un zapato de raso: sabe lavar la ropa con perfeccion, guisar un *mole* delicado, condimentar unas *quesadillas* sabrosísimas y componer admirablemente el *pulque* con piña y almendra ó tuna: no hay calle por donde no se vea, airosa y galana, arrojar la enagua de una acera á otra; y en el *jarabe*, baile tan bullicioso y nacional, cautiva con sus movimientos lascivos, con la mirada de sus pardos ú oscuros ojos. Su cabello negro está graciosamente ondulado, y de ahí les ha venido sin duda el nombre. Su carácter en lo general es desinteresado, vivo, natural, celoso y amante de su marido.

Los demás trajes son comunes á todos los paises, como los de los religiosos y monjas, soldados y demás clases de la sociedad. En la alta reinan las modas parisienses, que llegan á esta capital sin retardo y encuentran en sastres y modistas, hábiles intérpretes. El *gorro* para las señoras, generalizado en Europa, solo lo usan en el campo nuestras compa-

triotas, y algunas veces cuando van al paseo en elegantes carretelas descubiertas. El *gorro* viene á ser el marco de seda, cintas y flores de la fisonomía de las bellas, y encierra sus perfecciones para atraer mas la admiracion, formando así una galería de retratos animados; por esta causa aconsejamos que se prohibiese su uso entre las viejas y las feas.

« Hay en este dichoso pais, dijo hace poco un amigo nuestro, distinguido extranjero, donde brillan tantos bellos ojos negros, donde tantos pequeños piés invisibles rozan el suelo, una raza de déspotas elegantes que usurpan no sabemos cuál autócrático poder á los ojos, á los piés de las desgraciadas beldades que dan oído á sus requiebros. Estos señores tienen el poder de conservar bloqueado un balcon ó de hacerlo abrir, segun les viene la idea. Ponen sus *vetos* sobre las entradas y las salidas, sobre los paseos y las cuadrillas; oh dragones de las Hespérides! Notamos en un baile, entre la muchedumbre de bailadoras, una jóven muy apetecible y que walsaba con una gracia y una regularidad enteramente planetaria. Nosotros tuvimos la inocencia de invitarla á dar tres vueltas en nuestros brazos; pero echamos la cuenta sin el *novio*, que nos probó, papel en mano, que la señorita estaba comprometida para todo lo que faltaba toda-

vía por bailar: el desgraciado había tenido la discreción de no inscribirse, él, *novio*, nada más que para todos los walses, todas las polkas, todas las polkas-mazurcas, todas las polkas vertiginosas. Si este despotismo invade la tierra, seguía el mismo extranjero, se necesitará antes de aceptar un convite de baile, pedir quince días para proporcionarse una *novia*, y todo el mundo no tiene veinte y cuatro horas para desperdiciar cada día; inmensa riqueza que no se aprecia sino cuando ya está perdida. Rogamos al señor Ministro de Hacienda imponga una contribución sobre estos dichosos propietarios de bellos ojos negros, sobre estos tenedores de los corazones, sobre estos monopolizadores de diminutos piés. Lo difícil será asignar el tanto por ciento. »

En este bendito país todo el mundo se divierte, aun con las lágrimas y los dolores, ¿y cómo no? El cielo azul siempre ríe sin nubes, las flores frescas y encendidas sirven de corona nupcial á la primavera y verano, y de lazos amistosos al otoño é invierno: el sol reanima, los céfiros refrescan, las aves cantan. Por eso el *día de muertos* nuestra bulliosa sociedad se reúne bajo los frondosos árboles de la Alameda y en sus hermosas calles, para pasearse, sin que eche de menos la viuda jóven el brazo del esposo, la hermana al hermano, el hijo al padre. En todas aquellas avenidas se colocan en

mesas, unas tras de otras, todos los emblemas y figuras de la muerte que están contruidos de dulce; admirable coincidencia con el día! pues en lugar de llorar á sus deudos, los más endulzan su memoria con el paseo. No sabemos qué pensar, si este día se celebra ó lamenta, conforme á nuestras costumbres, la pérdida de los parientes y amigos. En la noche todo brilla con esos globos de colores, iluminación veneciana; se pierden las pisadas de una muchedumbre entre los ecos armoniosos de la música. Oigamos la conversacion de esa jóven enlutada: su esposo ha muerto hace ocho meses; y ya va apoyando el dulce y leve peso de su cuerpo en el brazo vigoroso de su primo. ¡Vamos! hablarán siquiera de los recuerdos, de las bondades de aquel hombre honrado y digno. La frase que he sorprendido al pasar es de voz femenil que dice: *¡yo te amo!* y con sus blancos dedos aprieta suavemente á su compañero.

Las *Posadas* es una de las costumbres más originales y curiosas del país, y derivan su nombre de las creencias cristianas. La Virgen tardó ocho días de Nazaret á Belen, donde debía dar á luz al niño redentor, y rendía su jornada en alguna choza en que con trabajo le cedían un rincón, que era su posada hasta llegar al término de su viaje. De aquí el origen de esta fiesta mundano-religiosa: ocho días

antes de la Natividad del Señor, se reúnen á las nueve de la noche las personas de la casa, con el aumento superlativo de las convidadas, todas adornadas con lujo, y delante de una especie de altar, donde están la Virgen y san José, se ponen á rezar las devociones, para conmemorar aquel acontecimiento de nuestra fe; despues se forman en procesion: los hombres cargan á aquellas dos imágenes que están sobre unas andas; las señoras van con luces y cantando dulcemente al son de la música por toda la casa, que está brillantemente iluminada y regada de flores; mientras que en el aire estallan mil cohetes. Despues llega la comitiva á una puerta que está cerrada, y en verso y música se pide posada para las imágenes; desde adentro contestan negativamente, pero en el mismo idioma; despues de algun tiempo se abre la puerta, como accediendo con disgusto, cual acontecia á la Virgen allá en la Tierra Santa, y es colocada en su altar; nadie se vuelve á acordar en toda la noche ni de su santa bondad ni del rezo ferviente. Allí, donde ha poco se oía el canto religioso y devoto, se pronuncian juramentos de amor por labios húmedos de Champaña; en el lugar que atravesó la procesion, se rozan voluptuosamente los piés y las manos de los jóvenes de ambos sexos, y en vez de ideas de religion, todo lo anima el placer. Las músicas, las dan-

zas, las hermosas, los vinos, los dulces, las viandas, son la continuacion de aquel acto que comenzó invocando recuerdos dolorosos; nada menos que la proximidad del nacimiento de la víctima santa del Calvario. El noveno dia ya aparece el niño nacido, y se nombra entre las señoras cuál ha de ser la madrina para colocarlo en el altar, despues de la procesion: esta noche es el baile mas concurrido, espléndido, bullicioso, seductor. Los gastos, crecidos á veces, tocan á distintas familias, una diferente cada noche, que se esmeran en aventajar á la anterior en el buen gusto de los adornos, en la magnificencia de la cena, y en los regalos; pues que á las señoritas que concurren se les dan á la salida elegantes canastillos con dulces. No deja de haber rivalidades y emulacion en estas fiestas, que algunas veces tienen lugar tambien todas las noches en distinta casa; cambiando toda aquella numerosa concurrencia de alojamiento, ávida de placeres y de posada para divertirse. Como consecuencia de estas fiestas, en la casa donde se reunieron la última vez, tratan de hacer la *rifa de compadres*. En esta afortunada tierra donde todos lo son, principalmente fuera de la capital, y en donde vale á menudo mas este título que el de hermano ó padre, no es extraño haya aficion á esta clase de vínculos. La mencionada rifa se reduce á echar en ánforas distintas los nombres fe-



meninos y masculinos, y se van sacando alternativamente de una y otra, y pregonando estos nuevos lazos dados no por la naturaleza, sino por la suerte. Como es de esperarse, hay tambien sus intriguillas para sacar al amante con el objeto de su cariño; ó para reirse con el grotesco compadrazgo de algun sandio jóven con alguna vieja verde, ó entre dos personas antipáticas. El compadre está obligado á dar sus regalos á su comadre, y despues por suscripcion se celebra el acontecimiento con un baile, en que es de ordenanza se rompa con las parejas de unos y otras.

El viernes llamado de *Dolores*, en la cuaresma, en que la Iglesia conmemora los de la Madre de Dios, es un dia muy hermoso y peculiar de la capital. Por la mañana se dirigen las bellas mejicanas al desembarcadero de las canoas que vienen cargadas con las flores mas exquisitas y vistosas, y hacen una gran copia de ellas, para ir á presentarlas como sencilla ofrenda ante la imágen de una *Dolorosa*. No hay casa alguna de la ciudad en que no se vea algun altar con aquella divina imágen, y adornado con un gusto delicado, ornamentos costosos, y sencillez lujosa y mística. Es forzoso que todas las relaciones de la casa vayan á hacer una visita á la Virgen, que se encuentra entre un jardin de flores, entre inmensos frascos de cristal abrigado con

aguas de colores, colocados delante de algunas luces, lo que da un efecto muy agradable, y entre otros mil adornos caprichosos y de brillo. En algunas partes se representa el Gólgota al natural, y se ve en una elevacion, entre abrojos y peñas, al Crucificado entre los dos ladrones, y la Virgen afligida al pié de la cruz; todo esto iluminado por una luz escasa y patética. Es de rigor que todas las personas que concurren á estos altares se refresquen con grandes vasos de orchata, chia, limonada y otras infusiones de que hay gran cantidad en la casa, y como la estacion es calorosa, no hay quien se resista á tan fresco ofrecimiento. Esta práctica piadosa y poética es muy hermosa, y sin duda que sirve para educar al corazon con esas escenas de piedad y uncion, tan propias de los sentimientos de las jóvenes que tienen en la Virgen un divino modelo que imitar.

En los dias de la Semana Santa se levantan como por encanto en todas las calles de la ciudad esas tiendas de verdura, habitaciones de la sombra, arsenales contra el calor, y tan gratas al transeunte, como en los desiertos arenosos de la Arabia un oasis para la perdida caravana, ó como enhiesta palma al solitario viajero; allí, de plantas y flores, se forma sobre *huacales* el *puesto de chia*, que coronan enormes vasos llenos de toda clase de refres-

cos. El hombre de negocios de paso toma uno de ellos, se limpia el sudor de la frente con su pañuelo, y sigue su camino. El mozaivete se llega paso á paso cautivado, mas que por la refrigerante bebida, por los ojos pitearescos y la figura graciosa de la vendedora, quien le pregunta con voz delicada qué quiere beber; él está un rato indeciso, hasta que por fin hace su eleccion; á cada trago se saborea, y despues de gran rato se despide y aleja como pesoso: otros mas resueltos se sientan en las sillas que hay al efecto y á la sombra, y allí, con toda comodidad, son despachados en *jicaras* pintadas de encarnado y oro, entablando una conversacion con la muchacha, con que pasan alegremente el rato.

El jueves santo es un dia en que Méjico cobra una animacion inusitada, pues que la mayor parte del año solo se dejan ver las damas aristocráticas por las ventanillas de sus rápidos coches; pero ahora asocia su leve pié por entre el raso y terciopelo de sus ricos vestidos y honra las calles de la ciudad. Visitan todos los sagrarios, que se hallan adornados con un esplendor propio del culto católico, y donde se ven pasajes y escenas de aquellos solemnes acontecimientos que se conmemoran. Grandes lienzos con cuadros de la vida del Salvador cubren las paredes; los altares están vestidos de duelo con ese velo morado; pero en el monu-

mento aparece toda clase de adornos de oro, de corinajes, de plantas y flores. La música con acentos pausados y hermosos da mas prestigio á aquel grandioso espectáculo. En la noche se encienden y resplandecen con mil luces, que prestan nuevo encanto. En este dia no se oye el rodar de los coches, el pisar de los caballos, ni el toque de las campanas; ni el redoble del tambor: un silencio respetuoso cubre toda la ciudad. Es costumbre este dia hacer regalos á las señoras y se llama dar la *matraca*, que son una especie de juguetes de oro, plata, marfil, cristal ú otros materiales, los que poniéndose en movimiento hacen un ruido extraño y rasposo; están á veces adornados con figuras curiosas de metal ó cera, de muy buen gusto. Pero, este dia, el sereno pide su *matraca* tambien, que así llama á la propina, alegando sus servicios que son haberse dormido; la criada la suya, por haber dado al amo veinte coleras, y roto mil objetos valiosos; el sastre por haberle sisado el paño; el zapatero por el regalo de algunos callos; pero es un deber de conciencia autorizado por la costumbre de luengos años que es preciso llenar. Esta misma especie de contribucion indirecta toma el nombre de *tumbon* el dia de difuntos y de *aguiñado* en el año nuevo.

El *sábado de gloria* llega por fin, tan deseado por

los famélicos que ayunaron, y desplega ante su hambrienta imaginacion todos los sabores mas apetitosos al paladar, y al repique á vuelo que á las diez de la mañana suena en la catedral, corresponden todas las otras campanas de la ciudad; los coches del sitio que habian estado en reposo dos dias, á todo trote cruzan los empedrados, los caballos á galope, y ladran los perros al ruido de tanto cohete. En las calles se ven colgadas de cuerdas muchas y grandes figuras grotescas de carton, llenas de pólvora y cohetes, que se llaman *Judas*, en recuerdo de aquel traidor discípulo, y á esa hora se les da fuego, y entre ruido, llamas y humo, y entre los silbidos y pedradas de los muchachos acaban en un instante, á la vista de gran número de curiosos, y gente acomodada en los balcones. ;Qué buena seria esta costumbre si en vez de esos muñecos, recibieran un castigo el Judas amante, el Judas amigo, el Judas pariente en que tanto abunda el mundo y que se gozan en sus falsedades! Pero la sociedad queda satisfecha con las apariencias, y le bastan esas representaciones, esos cohetes ruidosos y ese humo que se desvanece.

No hay peor plaga en nuestros dias que el ser convidado para bautizar á algun chico; no hay peor calamidad que el tener compadre. El soltero que huia del matrimonio para evitar el echarse á cues-

tas nuevas obligaciones, para gozar de toda su libertad, de repente se ve asaltado traidoramente de este modo en sus mismos cuarteles. Desde entonces si el ahijado necesita vestido, él tiene que darlo; él paga la escuela cuando es mas grande; él tiene obligacion de darle carrera; porque; oh portento! nunca se tiene ahijado rico. Al mismo tiempo el compadre cuando se ve en cualquier urgencia, lo busca, y lo acosa, y lo hace rabiar hasta que consigue su objeto, para quitarse de encima á aquella sanguijuela de los bolsillos. Es muy curioso el dia del bautismo: como á las oraciones de la noche ya todo está listo, y en un coche suben el padrino, la partera muy compuesta con el muchacho envuelto en pañales finos, y además el padre y algunos otros. Se dirigen al Sagrario; y todo aquello está tranquilo y solo: el cura practica aquella sencilla ceremonia, que tiene cierto encanto. A la salida ya es otra cosa: una emboscada de muchachos traviesos y ruidosos lo acomete, y unos se le cuelgan de los faldones, otros le saltan al cuello; aquellos se agarran de sus piernas de tal modo, que no lo dejan ni andar. Con una algarabía infernal le piden el *bolo*, y este, para desembarazarse de ellos les arroja algunos reales, y mientras que corren, buscan, empujan, atropellan, y se los quitan unos á otros; el padrino aprovecha sabiamente el tiempo,

subiendo al coche de prisa para evitar la segunda carga, y aquel parte á escape; pero los muchachos lo persiguen gran trecho con el agudo y discordante estribillo consabido. Solo cuando se cansan de correr y aguardar, desaparece aquella importuna y molesta escolta. Es un hecho curioso el notar la sagacidad con que descubren al padrino: en vano trataria de confundirse entre veinte personas; ellos darian con él instintivamente. En la casa son las congratulaciones, las alabanzas de las perfecciones del niño, las opiniones sobre su porvenir. El padrino tiene obligacion de dar á todos los concurrentes el *bolo*: á las personas graves en moneditas de oro, que no le piden de palabra por su noble desinterés, pero que le salen al paso como para re-convenirlo en su muda actitud por su criminal olvido; á los de menos categoría en medios reales de plata, con el requisito de que sean muy nuevos; y luego á los criados de la casa; y despues á los domésticos de fuera; y en seguida á los allegadizos, y á otros y otros; en fin, nunca parece acabarse esta interpelacion: *padrino, el bolo*. ¿Sabeis de todas estas peripecias, y de ser el personaje principal de la comedia, en qué cosa ha tenido alguna influencia, ya que lo han llamado, comprometido, traído, llevado y molestado? La madre le preguntó antes de la partida cuál nombre le gustaba para el chico;

él creyó que era sin duda con el que debía de bautizarse, y se alegró siquiera con que llevase el de su padre que fué el que pronunció; pero; cuál fué su doloroso desengaño, cuando junto á la fuente del agua bendita fué oyendo que el suyo era el octavo con que lo bautizaron! El primero lo habia señalado la abuela, el segundo el papá, el tercero la mamá, el cuarto la partera, y así otros de menos importancia hasta que llegó el turno al suyo que fué considerado el último en aquella escala santoral. En fin el padrino es el primero en las exigencias y el último en consideracion. Es el ser mas desgraciado del orbe.

El *dia de campo* es el dia predilecto del año para las familias mejicanas, es mas célebre en sus anales que el de *Corpus Christi*, la *Virgen de Guadalupe* ó la *Pascua de Espíritu Santo*; él hace desde una semana antes palpitar los corazones de algunas muchachas con el sobresalto de amor; á algunos amartelados amantes se anuncia su llegada con desvelos, insomnios y vigias, y en algunos estómagos seculares por un gruñido carnívoro y prolongado de tripas que pondrian en terror á todo un corral de pichones y pavos, y codornices, y conejos y venados. Por fin llega el suspirado momento, la fecha de eterna recordacion en el libro de la vida que es el de cocina, el mas comunmente preferido en las biblio-

tecas de la época y el mas estudiado por la humanidad civilizada. Todo está listo. Y solo aguarda aquella tribu errante que se asome la rubicunda aurora por los balcones del Oriente á ver pasar la famosa comparsa. Suenan la hora ; los coches se llenan ; las sillas de los caballos se ocupan ; las municiones de campaña se acondicionan , y comienza el movimiento. Es ya ese tiempo en que los poetas hallan maravillas , himnos , plegarias ; en que se enamoran de doña Alba , con un candor y una pureza infantil , que hace asomar una risa maligna , compasiva y sabia á mas de cuatro doncellas recatadas ; ahora , tambien es saludada por un coro general ; el suspiro musical de la bella alterna con la tos seca de la matrona , que el aire frio de la mañana vino á delatar muy á su pesar ; el signo de exclamacion del poetaastro , la palabra de táctica del sarjenton , la sentencia de muerte á la salud del prójimo por un mediquin , el juramento del postillon , con los relinchos de los cuadrúpedos y los crujidos de los desvencijados carruajes. Pero ; oh portento ! ; cuánto fruto no se saca de esta tertulia movable ! Es una verdadera *gramática animada*. Las *reglas* las asientan los ancianos : los *verbos* los conjugan los jóvenes y sobre todo las hembras , y principalmente el activo *amar*, y ellas hacen el descubrimiento de su nuevo sinónimo *fingir* ; las *comas* las prepara el car-

ruaje con sus repetidos saltos, á que es necesario añadir, por no rebajar su mérito, la cooperacion de nuestros célebres caminos. Las *interrogaciones* las dan los chicos que abundan y dañan , contra el consabido adagio ; las *interjecciones* las bocas no muy timoratas de los domésticos, y los *puntos finales* la estupidez de la mayoría y el buen juicio de pocos. De esta manera se recorre un grande espacio de terreno y se llega al puerto deseado, y se vacían los vehículos y descansan las cabalgaduras. — Ya es un prado, bajo sendos árboles ; ya una alegre casa de recreo ó bien una especie de isleta entre los canales y acequias. Campa allí la tropa bulliciosa de sectarios de algunas deidades mitológicas , y lo primero que hace, es reconocer el terreno, y admirar, por supuesto, esto es de rigurosa consigna, el rosal marchito ; los cuartos húmedos, incómodos y carcomidos, el jardin descuidado é inculto. Despues suena la música y principia la fiesta con los animados bailes, y las jóvenes hacen alarde de todos sus temibles hechizos , de todas sus graciosas coqueterías , para hacer nuevas conquistas, para aumentar el número de sus adoradores. Las viejas , como vivientes ruinas arqueológicas de la belleza, de la gracia , de la ligereza, de la juventud, se contentan con recordar sus buenos tiempos y con murmurar á todas las hermosas que cruzan rápidas y adormecidas en los

brazos de sus felices galanes, pues parece que tienen opio sus palabras. Los ancianos hablan de la política militante porque la analizadora queda relegada á nuestros vecinos los amables yankeis, y en atisbar el piececillo travieso de raso que se asomó por la orla de un vestido elegante, para desesperar á los aficionados, ó en disputar sobre la supremacía de perfeccion entre aquellas hermosas ninfas, que flotan entre olas de crespon, de encajes y de listones. Pero llegó el momento de la comida, á que cada jóven del sexo femenino contribuyó con algun exquisito plato, condimentado bajo su erudita direccion, para formar aquel receptáculo del gusto, aquel iman diversificado del apetito. Pronto van desapareciendo las viandas entre las salvas estrepitosas de los tapones. De repente suenan los gritos de *bomba, bomba*; esto es, que se va á brindar por alguno: todos aquellos diálogos ruidosos, aquellas frases calientes, aquellas peroraciones nutridas ya con el estofado y el roasbeaf, caen en silencio, y solo se oye la voz de algun hijo espúreo de Apolo, de algun desairado de las Musas, que lanza su *bomba* que estalla con la carga de *aires*, de *amapolas*, de *rizas*, de *conchas*, de *piés*, de *ojos*, de *bocas*, de *cejas*, del *martirologio*, de la *mitología* y de todo y de nada, y que despues de haberse callado sin concluir, es saludado por una tempestad de *vivas*, *bravos* y *palmadas*.

Asi se va estableciendo aquella batalla de *bombas* sin *chispa*, en que la sangre que corre es el Burdeos, Rhin y Champaña. En cada uno de estos banquetes nacen veinte nuevos vates, cuyas madres son las botellas y su bautismo los licores; así salen ellos. Por fin en aquel viaje del apetito sobre la mesa, se llega á la posada que son los postres, y entonces queda todo vacío, mantel, platos, botellas, copas y por fin las sillas. — Como verdaderos sabios, saben todos que el tiempo vuela, y que no se debe desperdiciar ni aun una migaja de él; por tanto es necesario pasar de un placer muerto á otro vivo, y por esta razon se disponen nuevos elementos de recreo. Los viejos publican las ventajas del columpio, y hasta ven en él un remedio contra la tisis; pero el verdadero espíritu de tan ingeniosa idea consiste en la oportunidad que se presenta para estudiar artísticamente á las hermosas. Ellas que han escuchado tantos encomios, ávidas de impresiones, de movimiento, se entregan á él con los rastros vivos de fuego, y pronto vuelan como sílfides por los aires, y las indiscretas gasas dejan ver, á pesar de sus dueñas, mas de un encanto, que es la corona del triunfo, el premio de los inventores. Pero los jóvenes, que están cansados y son los que dan impulso y vuelo á aquellas cuerdas, y á su dulce carga, dicen que basta porque pueden

marearse las delicadas niñas, pues ven que ellos no sacan fruto y sí trabajo, y se convierten en campeones de los asnos, y pregonan en alta voz un *paseo en burros*. La concurrencia que participa de todas las flaquezas de la humanidad, está por todo lo nuevo, y así es que sin calcular sus peripecias, sustos y riesgos, decreta un voto de gracias al feliz inventor de tan maravilloso descubrimiento. — Se traen los pacíficos andantes, que agachan como de costumbre sus largas orejas en señal de conformidad tácita, como un pueblo que yo me sé, y se distribuye la carga. ¡Ay! ¡alguna es tan dulce y leve! El amante se coloca de escudero junto á su amada, que tímida busca siempre su deseado apoyo. Y cuando el paso desigual y brusco del cuadrúpedo hace perder á la beldad el equilibrio, que no trata de recobrar por sí sola, ni de guardarlo, el amante afortunado con tan delicioso pretexto la colma de caricias á la faz de la mamá, y tomando sus delicados miembros para salvarla de una caída que está remota, pero que en premio de tan intrépida y desinteresada accion, recibe de los padres de la niña palabras de agradecimiento y miradas de aprobacion. Estas escenas se reproducen á cada paso con inmenso beneplácito de ellas y ellos. — Algunas ancianas que audaces cabalgaron, y que por malignidad les asignan los mas briosos de aquellos

animales, besan á menudo humildemente la tierra, pues siempre llega tarde algun comedido y oficioso jóven, y aquella escena se celebra con risas mudas, con carcajadas ahogadas, con miradas de inteligencia de las bellas, y viene á ser la sal y pimienta de la grotesca cabalgata, tan favorable á los enamorados como funesta á las señoras avanzadas en edad, saber y gobierno; menos del asno que se va por donde se le antoja. Por fin despues de haber visitado algun sitio cercano retorna la feliz caravana al lugar de partida, contando los episodios vivos de la memorable jornada. — Vuelve á restablecerse el baile hasta que el importuno tiempo, que no se cuida de la pobre humanidad, ni respeta sus goces, ni se altera por sus penas, les habla por señas de retirarse con las manecillas de los relojes, y les presta la luna para alumbrar su vuelta que es menos bulliciosa y franca que la ida, pues ya pertenece al pasado, y el porvenir es todo de la prosa continua de la vida, hasta que otro año traiga otra página perdida de novela, como esta, ó un album que es el prado consabido, en donde se escriban tantas inspiraciones de la dicha, de la juventud, de la naturaleza y del amor, con el aliento de unos labios encendidos de amor, con el vapor de los vinos, con algunas lágrimas furtivas, con suspiros y risas, con sarcasmos y burlas. — Un viajero debe buscar una

de estas excursiones, debe alistarse en estas filas de personajes curiosos, y contemplar escenas en que todo se halla mezclado, pero que le dará un buen rato para sus filosóficas lucubraciones ó para sus éxtasis y delirios apasionados.

Un *entierro* es muy curioso en nuestro país. — Si es de un niño, y entre la gente de baja esfera, es el motivo del más inocente gozo. Llevan al *angelito*, como le llaman, todo cubierto de flores, y en la comitiva se cuentan los padres de él; después regresan al hogar, donde se celebra aquel acontecimiento con baile, músicas y pulque, y algunas veces con alguna riña entre zelosos personajes en que corre sangre de alguna herida. — Pero en la gente elevada, ya es otra cosa. Luego que murió la persona enferma, después de la junta de médicos, del camilo que lo ayudó ó molestó en su agonía, del testamento, objeto de predilección de todos, se mandan imprimir unas tarjetas con sus orlas negras ó unas esquelas de duelo, en que se participa la fecha del fallecimiento, y ruegan los parientes, amigos y personas de estimación del difunto que se hagan sufragios por el eterno descanso de su alma. Comúnmente hace tanta impresión en el que la recibe, como si fuese un papel en blanco, y hemos tenido la oportunidad de ver que servía uno de estos tristes documentos á un jóven, presea de la socie-

dad, para la cuenta de su lavandera. — Todos los convidados acuden á pié ó en carruaje, según su posición, y vestidos de riguroso luto. La hora comúnmente en que se verifica este último viaje de los mortales, es á las cuatro, habiéndose fijado de antemano en las cartas de duelo. Preceden al fúnebre cortejo los ciriales y la cruz, siguen los muchachos del hospicio con su traje fúnebre y grandes velas de cera en las manos; luego el carro con el ataúd galoneado de oro, y adornado aquel de plumeros negros: los caballos, que son de color subido y con jaeces negros, tiran lentamente del carruaje; detrás viene toda la comitiva en coches con los visos de tafetan, cubriendo las ventanillas de las portezuelas en señal de tristeza. Creeréis naturalmente que dentro de esos carruajes habrá rostros compungidos, lágrimas y palabras dolientes. Pues os chasqueais, porque es todo lo contrario. El comerciante va hablando del precio corriente de los abarrotos; el militar de la próxima revolución que va á estallar; el jóven de sus visitas á la dueña de su voluntad. Y todo esto entre careajadas, indiferencia, frialdad, como si pasara en una Lonja ó en una tertulia; y del muerto que llevan delante y era amigo, pariente ó protector de los interlocutores, ni una sola palabra ni por casualidad, y hasta olvidan el lugar á donde van, tanto así se entusiasman en



sus razonamientos, hasta que los viene á sorprender el frio aspecto del cementerio. — Se bajan, entran á la iglesia y allí se canta delante del féretro el *Requiem*, y se le conduce al nicho que lo oculta para siempre y que jamás vuelve su presa. — Durante la ceremonia religiosa se ve en los circunstantes pintado el fastidio en sus caras, pues les parece de muy larga duracion, y están impacientes por marcharse; algunos mas descarados desde allí desertan, fingiendo un asunto, y despues, cuando vuelve la comitiva á la casa del difunto, se les ve al través de las vidrieras de un café, sentados tranquilamente, y apurando un enorme helado en compañía de algun conocido. En la casa se halla la familia llorosa, dentro de la sala, cuyos muebles están cubiertos de fundas oscuras, los cuadros vueltos hácia la pared y con cintas de gasa negra, y se ven otros emblemas de pesar. Aquella escena es muda y á media luz, y pronto todos se van despidiendo uno á uno, haciendo un millon de protestas á los dolientes con su persona, sus intereses, sus relaciones, pero tan sinceras que salen rabiando por aquel rato que los privó de ir á los billares, á la peluquería ó á un corrillo donde se hable de la crónica del dia; y al entierro asistieron solamente, porque aguardan algunas ventajas de la familia, que es rica, porque de no ser así, una ocupacion forzosa

los hubiera sacado del aprieto. — La puerta de la casa queda cerrada por espacio de ocho dias, en que los miembros de la familia no salen á ninguna parte; pero el tiempo poco á poco va enjugando las lágrimas, y algunas veces parece que estas han sido un bálsamo fecundante que ha renovado el carmin y blancura en las niñas, en la esposa la vivacidad y en los jóvenes la animacion. Las niñas á los quince dias empiezan tímidas á asomarse por los balcones; la viuda sonrie á alguno de los que la visitan y echa cálculos sobre las conveniencias de la vida matrimonial, y antes de ocho meses se la ve del brazo de un hombre robusto, y que ya se titula su marido. Los varones van al paseo en mejores caballos ó mas elegantes carretelas; las niñas frecuentan mas los bailes, y visten de última moda y conforme á las reglas del gran tono. Hay muy nobles excepciones de ese sentimiento, que califica de ridiculo, exagerado y loco, la sociedad del siglo xix.

El *paseo de las cadenas* es muy característico en Méjico, y lo forma una banqueta al rededor del cementerio de la Catedral, realzada de trecho en trecho por unos postes redondos de mampostería, y enlazados por gruesas cadenas. Tambien se destacan con regularidad arriates bien tallados de madera verde, que encierran árboles jóvenes que van extendiendo sus frondosas ramas como los protecto-

res ó guardianes de aquel sitio. Este cobra un encanto indefinible cuando á los dulces rayos del astro de plata, se ve á un lado la inmensa plaza reverberando con las multiplicadas y rojizas luces de su alumbrado, y allá muy lejos los arcos de los portales inundados de luz; por la parte contraria se despliega ancha y elevada la catedral que dibuja sus torres robustas é inmóviles en el sereno firmamento. El palacio á un lado cerrando la plaza, con su lisa fachada sembrada de numerosos balcones y ventanas, sus torreones en los ángulos, y su almenada azotea. — Son las ocho de la noche, y noche de luna clara y llena, que en un cielo raso de un azul delicado envía sus destellos insinuantes y voluptuosos. Las estrellas parecen el polvo que levantó su carroza al venir rápida por el Oriente salvando los cerros y los mares. — Algunos grupos de jóvenes, vestidas de ligeros trajes blancos, dirigen sus ojos hácia el disco pálido, que parece el sol de los muertos y de las sombras, el sol de Ossian, y que recuerda ilusiones desvanecidas de amor, memorias gratas de la niñez, esperanzas evaporadas, delirios soñolientos. Cualquiera que las ve de lejos y con fantasía de poeta, creería que eran bellas ninfas, que habian bajado curiosas á la tierra en los rayos de su luz y que las recogería en sus destellos al despedirse de la noche. — Otras se mecen con graciosa

coquetería y bañadas de esa luz aperlada y misteriosa, haciendo dudar al que pasa si es alguna de ellas la que vió aparecer ante sus primeros pasos juveniles ó la dueña actual de su corazón, pues el amante cree ver á su amada en todas partes por lo llena que está la mente de su imágen, y se detiene extasiado hasta cerciorarse de la verdad. — Varias se agrupan en las gradas de las altas cruces que se alzan en los ángulos, y parecen los arcángeles de pureza, la guardia de virtud que custodia el signo de la Redención. — Entretanto gira, circula, se roza, se mezcla, se pierde una inmensa serpiente animada, en que cada anillo es un ser viviente, y en ese estrecho y largo pasadizo, allí, son las miradas furtivas y de inteligencia entre los amantes; allí la presión de mano bajo los pliegues de la capa ó de la seda, sin que lo sospeche siquiera ni el malaventurado marido, ni el pobre papá. — Allí se escuchan palabras misteriosas, las flores á oscuras de una poesía de romance personificado. — Allí se ve á una hermosa con su atrevido amante del brazo, exhibiéndolo orgullosa á todo el mundo; mientras el marido va detrás reduciendo al orden á los traviosos chiquillos. — Unos hablan de política; otros formulan sus proyectos comerciales; estos dicen la crónica social; aquellos deliran sobre ciencias y poesía. — Es una verdadera baraja viviente en que

podemos hallar las principales cartas de ella. Aquel es un millonario, un verdadero *Rey de oros*, pues todos los sombreros se quitan á su vista; todos codician su mirada protectora; todos le ceden la acera. Este pertenece á las *Copas*, porque todos los dueños de abarrotes lo saludan por el buen consumo que hace de los licores, y en su marcha salerosa se notan sus propensiones. El que acaba de pasar debe ser *Caballo de espadas*, pues todo el mundo lo mira con respeto, y es el coco de los gobiernos, el susto de los maridos: sus bigotazos finos como la cerda, su gesto bronco, su paso atropellador, lo declaran así terminantemente, y mucho mas su inteligencia que haria honor á un escorzado caballo inglés de sangre pura. — Ni faltan nuevos y ciertos albures: *Apuesto*, dice un mozalvete sentado en un arriate á su perfumado compañero, *apuesto á que CLARA dé entre esos sus dos amantes que la van siguiendo para tomar su brazo, en la próxima vuelta, GUTIERREZ lo habrá ganado, porque la quiere con idolatria. — Pues yo no lo creo así, porque ENRIQUE la desprecia y él ganará. — ¡Veremos!* — Despues de que pasan miles de aquellas figuras fugitivas, como las cartas de un albur que se corre, aparece la hermosa con ENRIQUE impasible y frio; mientras que el otro cabizbajo y ardiente en aquel acontecimiento, pues él ignora que ganó perdiendo, va fraguando

mil proyectos para dar nuevas pruebas de amor, atribuyendo su derrota al poco número de aquellas, y el inocente en un año no habia sido otra cosa que el maniquí de la beldad. — Pero sigue esta linterna mágica dando vueltas, y pasando toda clase de fantasmas risueñas ó tristes, hermosas ó grotescas. Las sombras, aclaradas en plácida penumbra ó en crepúsculo nocturno, vienen á dar mas encanto y á realzar con su prestigio las gracias de las bellas, cuyos defectos artísticos los dispersa la luna amablemente. — Cuidado, señor viajero, con ir desprevenido á este paseo, ufano de la libertad, y sin ir armado, mejor que de pistolas, de la razon y la filosofia; sino tal vez volvereis á la posada con unas ligaduras mas fuertes é indestructibles que esas cadenas en que se mecen las mejicanas, y que con una mirada magnetizadora, y una sonrisa coqueta, las arrojarán al corazon para que ya no salga del circulo de sus encantos, y al alma para que las proclame su esperanza, su fe, su amor.

Las escenas del campo son caprichosas, y presentan cuadros dignos de que se traten de consignar por la pluma del viajero curioso. En la época que los rancheros denominan de *los truenos de abril*, se ocupan del *rodeo*, que es la reunion de los animales nuevos que deben marcarse con el fierro de la hacienda, para que conste su propiedad. Pero antes

tiene lugar la fiesta del *combate*, que se llama así el día en que se concluye la cosecha del año. Los carros y carretas se adornan con banderas y arcos de flores; lo mismo se hace con los bueyes y algunos instrumentos de agricultura. En la carreta capitana es mayor el lujo campestre, y lleva una música; se colocan las otras despues de esta. Luego sigue una turba de jinetes que nombran entre ellos su caporal, mientras el verdadero se esconde para dejarlos en libertad de gozar á su gusto de la fiesta y por ser de rigor. Al mismo tiempo de la capilla de la hacienda sale un grupo numeroso de mujeres que llevan en andas á la Virgen ó al santo Patron de la finca y lo llevan cantando y regando flores; las campanas de la torrecilla suenan, los cohetes rasgan el aire y estallan en él. Despues principia una especie de parodia del Hipódromo, pues que punzan á los bueyes para que tiren de las carretas á todo galope y en círculo, unas tras de otras; las mulas enganchadas y llenas de cintas de colores vivos las atalajan y las reunen en número de cinco ó seis, llevándolas de las riendas, y se llaman *cobras*, pero sin que tiren de ningun vehiculo, y las hacen correr tambien en torno. Los jinetes hacen mil cabriolas á todo escape; todo parece un vértigo de movimiento; parece que lo arrebatara un torbellino, y lo hace girar bajo sus poderosas alas, hasta que

cansados hombres y animales, entran en reposo. — Siguen las danzas en que se visten los peones de la hacienda con bandas, pañuelos, cintas y otra porcion de chillantes adornos, y nombran á uno de ellos su *negro* ó payaso, que es el encargado de hacer reir á la concurrencia; se tizna la cara con carbon, se viste de pieles de animales é improvisa sendos disparates en versos cojos. Luego sigue el baile en el que traen una especie de toro de carton, y durante él, lo toreadan, le clavan banderillas, y hacen mil evoluciones; todo al compás de la música, hasta que despues de figurar que lo matan, y decir cada uno de los bailarines su verso, en los que figura tambien el amo de la hacienda, se retiran á descansar. — Sigue á los pocos dias el *herra-dero*, y se hacen los preparativos al efecto; en un lugar á propósito se construye un tablado para el amo y las señoras con los convidados, principalmente de las haciendas inmediatas. Dos dependientes de la finca llevan sus cuadernos y lápices, para apuntar las cabezas que se han de herrar. Cuando ya están los fierros calientes, el caporal para comenzar exclama con todo el vigor de sus pulmones: *Ave, Maria purissima*. En el acto se separa una partida de becerros, de un toril á otro, y entre tres vaqueros toman á cada becerro de la cola, y lo echan á tierra, dejando libre la parte en que se les

ha de estampar el fierro. Acto continuo, el caporal y otros inteligentes toman el fierro, y dicen en alta voz el número que toca á cada animal que van marcando para que por sus clases se les vaya apuntando. Concluido esto se cuenta el total á la órden del caporal, y tomado cada becerro de un cuerno por un vaquero y apoyado este en el lomo, parten hasta treinta en diversas y encontradas direcciones, dando saltos con ellos, y esto es lo que se llama *pachonear*; de lo que resulta que se encuentren unos con otros, revolviéndose hombres y animales, cayendo por todas partes los aficionados, en medio del polvo, de la gritería y estrepitosas carcajadas de la multitud. Los becerros herrados pasan á otro corral, y es frecuente que alguno *haga plaza* ó se embrevezca, y entonces se torea un rato. Despejado el toril, se trae otra punta de becerros, y así se procede hasta terminar con los que se han de herrar. En seguida se señalan los becerritos que no pueden sufrir la marca; y terminado esto, se ponen por separado los toros que se han de *jugar* ó *colear*. Para hacerlo se comienza á dar salida al ganado en pequeños trozos, y de dos en dos personas cuentan las clases, edad, y el total, no incluyendo los becerros de herradero y de señal, por haberse ya tomado razon antes. El caporal da el grito de *puerta* ó *campo*, y sin esta voz nada sale á los potreros. Las clases se

van apuntando y así se saca la cuenta para hacerle los cargos al caporal, formar los estados, y darle á aquel el libro de ganados para el siguiente año. Luego sigue la diversion de torear, con todos sus variados lances. No falta quien en semejantes circunstancias deje de manifestar su habilidad en montar un toro: apenas se ha indicado, cuando una multitud de *reatas* vuelan sobre el animal, y en un abrir y cerrar de ojos está el toro por tierra y *apealado*, esto es, lazado de los piés, y se oyen estas voces: *Acórtese mas, amo — no estire tanto el pretal — el jinete, el jinete — si no, que busque madrina — este toro tiene un doblon en el lomo — que lo monten y yo voy despues — ándele negro.* — Luego si se determina el *coleadero*, se lleva á los toros á un punto y allí se da principio á la diversion. Como el caporal todo lo dirige y arregla, dispone paradas de tres en tres *coleadores*; con la garrocha en la mano *corta* cada toro que se va á *colear*: apenas parte, cuando lo siguen en la velocidad de la carrera, y lo derriban por tierra; luego que se para y *arma la carrera*, lo *colea* otro, ó el que es mas diestro en la maniobra. — Se entiende por esto, tomar al animal de la cola en fuerza de la carrera, y adelantando el caballo, darle un tirón para echarlo en seguida al suelo. Diversos son los modos de esta animosa operacion: á *pulso*, que es

halar al toro con toda la fuerza del brazo, sin apoyarlo en manera alguna; á *rodilla*, enredando la cola en la mano, metiendo esta debajo de la rodilla, cuya pierna se encoge y sobre ella se inclina el cuerpo para apoyar el *tiron* que se da al toro, procurando adelantarle el caballo; á *arcion vieja* ó *arriba*, es tomar la cola (sin enredar la mano, porque seria perderla), levantar en la violencia de la carrera la pierna, y colocando la cola debajo, apoyarla en el muslo de aquella para halar al toro; á *bolera*, se toma la cola con la misma violencia, se enreda la mano, cuando hace mucha fuerza el toro, se alza la pierna, y se coloca la cola en la pantorrilla con la que se apoya la mano, y la espuela tambien sirve para halar al toro; al mismo tiempo se abre el caballo un poco, que se ejecuta con la mayor prontitud posible, lo que coadyuva eficazmente para dar una *caida redonda*, que así se llama cuando el toro da una ó mas vueltas. Los caballos que despues de tomada la cola y *trabada* la *acion* ó vulgarmente *arcion*, se esfuerzan para pasar al toro, se llaman *salidores*; y los hay muy adiestrados para alcanzar á un toro, variar de direccion por seguirlo, acomodarse ó *arrabiatarse* para que el jinete tome la cola y *salir* con violencia cuando se da el *tiron*. El ranchero del Mesquital es mas diestro para *colear* por ambos lados, y no usa de otra manera sino

de *bolear* que es una verdadera suerte. Uno mas resgoso hay por Jalisco, y es el de que en la violencia de la carrera, toma el charro la cola al toro, echa pié á tierra, y lo hala botándolo al suelo. El caballo unas veces se para en medio del llano, y otras sigue á su amo. Otra diversion hay, que es á la vez odiosa y bárbara. En los dias de San Juan Bautista y San Pedro, por Durango, además de las carreras, los rancheros corren juntos y abrazados en distinto caballo, y el fin es ver quién se arranca de la silla; al que logra esto se proclama vencedor. Sucede frecuentemente, que maneándose los caballos entre sí, vienen abajo con los jinetes y quedan estos sin vida. — Lástima es ver cómo va perdiendo la juventud de buenas familias la aficion á estos ejercicios varoniles, que no estaban destinados solamente á las gentes del campo, porque así se familiarizaban con el peligro, adquirian mas destreza en el manejo y equilibrio del caballo, y los hacia mas á propósito para ser buenos oficiales de caballería; pero por desgracia ya muy pocos son los que á estos ejercicios se dedican, que tanto servian para la gimnástica del cuerpo. — Antes estos mismos jóvenes de vez en cuando se dedicaban á lidiar toros, capoteándolos, clavando banderillas á pié y á caballo, y matándolos; en fin, afrontando todos los riesgos del torero, pero no por el vil precio del

dinero, sino por otro premio mas grato. — Entre las mas bellas muchachas de la poblacion se nombraba una junta, y esta elegia como su *reina* á la mas hermosa, y en un palco lujosamente adornado presenciaban aquellas diversiones, premiando la destreza ó el valor de los jóvenes aficionados, llamándolos á aquel punto, y atándoles á los brazos flores y listones con colores emblemáticos; la *reina* era la que daba los premios grandes á los que mas se distinguian. — En la noche todo concluia en un vistoso baile en el que las hermosas preferian para bailar á los que mas habian lucido su habilidad y audacia, y que ostentaban orgullosos sus preesas concedidas por la mano de la hermosura. Esto da alguna idea de los antiguos premios de los torneos en la edad media, del respeto y adoracion á la mujer, de la consideracion de ella por el valor é intrepidez.

Hemos apuntado los principales usos y costumbres de nuestra capital y sus cercanías, presentando á sus actores con su traje propio; sin embargo debemos confesar que hay tipos muy curiosos en los Estados lejanos, pero hasta allá no nos es dado ir por el corto espacio de estas páginas, y la variedad de materias que deben contener. Para remediar esta falta excitamos á nuestros lectores se proporcionen las relaciones poéticas y animadas que pu-

blicó en la *Revue des Deux-Mondes* Mr. L. de Bellemare, bajo el seudónimo de Gabriel Ferry, y que despues han sido recogidas en algunos volúmenes. — En este capítulo hemos satirizado, verdad es, algunas flaquezas y ridiculeces de nuestra sociedad; pero aunque aquí varían en la forma, son inherentes á la condicion humana. El carácter de nuestros compatriotas, á pesar de lo que digan Lowenstern, Chevallier y otros viajeros visionarios ó mal intencionados, es franco, social, hospitalario y suave, sin que se crea que esta última cualidad excluye el valor cuando se requiere, pues se adapta admirablemente á las situaciones su sistema nervioso y el temple de su alma; así es que en el campo de batalla se muestra impetuoso y enérgico, como lo prueban mil ejemplos en las guerras de independencia, en las civiles y aun en la desgraciada del Norte-América, pues siempre en los combates singulares, en que el valor era el solo que debia decidir del éxito, llevábamos la ventaja; no así cuando se chocaban masas contra masas, porque las nuestras siendo heterogéneas por sí mismas se desunian. — En las artes siempre se ha confesado la feliz disposicion de nuestros compatriotas, y nuestra escuela antigua de pintura ha merecido elogios hasta del conde Beltrami, conecedor de las maravillas italianas; y al presente el brillante estado de la

Academia de bellas artes de San Carlos, la primera de su clase en América, viene á corroborar aquella opinion en que todos están uniformes. — Si es en las ciencias, nuestra *Galería de hombres célebres*, que forma otro Manual, prueba que algunos de ellos han sido considerados y enaltecidos por la culta Europa; y ahora, en nuestras grandes comisiones científicas, siempre han llamado la atención de una manera notable algunos de nuestros jóvenes, ricos de altas esperanzas para el porvenir, y que ya han merecido la consideración y aprecio de muchos ilustrados extranjeros. — La política ha creado en todos los partidos muchas notabilidades, y sus talentos han sido imparcialmente reconocidos por los Mejicanos y en el extranjero.

Esa inestabilidad que se ha atribuido al carácter mejicano no lo es en realidad, sino simplemente las diversas fases del desarrollo de un pueblo nuevo que desea alcanzar la perfección europea, y que por algún tiempo es necesario sea víctima de la inexperience y haga diferentes ensayos para la consecución de sus fines; aquella es la que han explotado algunos ambiciosos para mantener el país en continuas revoluciones, que también motivan su origen de la grande extensión del país, de su escasa población y la variedad de esta; creando así mil intereses opuestos que fácilmente explotan algunos perversos,

y otros de buena fe para la realización de sus teorías. Esta desigualdad es muy nociva para el equilibrio social; necesita el gobierno apoderarse de esos resortes, y para manejarlos debe mostrar mayor tino, aplomo y sabiduría, y un leve descuido viene á ser la causa de un gran trastorno. — Pronto, esperamos con gusto, pasado ese periodo de crisis, de desarrollo é inexperience, Méjico alcanzará su verdadera altura, rectificará sus juicios, y con la lección de lo pasado, afirmará su presente, aclarará el porvenir, y llegará á colocarse entre la familia de las naciones en la noble jerarquía que le ha asignado la alta Providencia: si esto no es así, lo deseamos de todo corazón.